

LAS “GENERACIONES”.
¡AY!: LOS “MILLENNIALS”

Por Jorge Reinaldo Vanossi

I.- Está en la temática del día referirse a los *millennials* como una nueva generación, con relación a la actualidad temporal. Estaríamos pues en presencia de tres o dos generaciones, a saber: a) los hijos de los Baby Boomers que serán la generación “X”; por lo que a sus antecesores habría que denominarlos “la Generación Silenciosa” (según sus años...); y b) la generación “Y”, que serían los Millennials. Las fechas son discutibles, pues algunos piensan que los nacidos entre 1981 y 1997 pertenecen a la “Generación Milenaria”. Sea como sea, y más allá de las denominaciones ocasionales, parecería que son los nacidos desde 1981 y entran en la adultez alrededor del 2000.

¿Cómo se consideran a sí mismos?:

- Hiperconectados y grupales (interactuantes).
- Liberales (en política y economía).
- Abiertos al cambio (de trabajo y de hábitat).
- Menos religiosos (no practicantes ni creyentes).
- Optimistas (hacen del mundo un lugar mejor).
- Logrando metas exitosamente (dinero, poder, etc.).
- Ejercicio de los medios, las redes sociales y las tecnologías digitales.

-Activos en las comunicaciones (teléfonos inteligentes).

No tienen fecha límite a su período como tales (no hay un punto final –cronológico-todavía previsto), por lo que algunos sociólogos hablan de “Generación de Peter Pan”, por su inclinación a retrasar ritos pasajeros hasta la edad adulta durante períodos más largos que la mayoría de las generaciones anteriores (Conf. Kathleen Shaputis).

Quienes los observan en su vida diaria, comprueban que son abstemios al tabaco y al alcohol; que prestan mucha atención a su salud; que evitan la comida “chatarra” por ser nociva; y están preocupados por la preservación del medio ambiente. Rechazan el habla ofensiva y el discurso político agresivo.

Es cierto que son impacientes, que buscan impactar y que esperan un reconocimiento pronto y que los gratifique.

II.- Sus críticos destacan en ellos actitudes de narcisismo y soberbia, convencidos de su superioridad y, a veces, hasta engreídos: aunque algunos son unos introvertidos y otros extrovertidos que procuran llamar la atención (se dice que hicieron famoso el selfie). Desdeñan a las generaciones anteriores, a las que atribuyen decadencia y frustraciones cuyas consecuencias tienen que afrontar ahora ellos (los Millennials). En reciente publicación de Franco Varise titulada “Juventud ¿divino tesoro?” (La

Nación, 6 de mayo de 2017) se recogen algunas de estas serias inquietudes en torno a la nueva generación:

“Esa nostalgia de los millennials sobre lo que en realidad nunca vivieron (objetos de culto, música, autores, películas, libros) empieza a cosechar cierto desdén entre sus antecesores, la Generación X (de los 35 a los 45 años) y los baby boomers (de los 50 a los 65, más o menos). Básicamente, el ruido intergeneracional aparece porque las tres clasificaciones etarias, con sus diferencias, virtudes y vicios, conviven hoy en el mismo mercado laboral, algo que no había ocurrido antes (tradicionalmente convivían dos generaciones en la franja laboral). (...) El optimismo generacional sobre el poder de los millennials (con ventipico de años) no cautiva demasiado ni a sus propios miembros y muchas voces empiezan a señalarlos como un fraude generacional sin un “sueño propio”.”

En realidad, los comportamientos varían según los países y las condiciones socio-económicas (una cosa es disponer de internet y otra es estar carenciado, p.ej.). Ello incide en la “igualdad de oportunidades” (pudientes y no pudientes) en los “brillantes” (por su talento natural) y los más limitados. O sea, que no puede hablarse de una homogeneidad que compartan en su totalidad generacional los Millennials. Todos quieren hacer del mundo algo mejor y construir nuevas instituciones, pero para ello necesitan lo que no todos tienen: cultura, capital, tiempo y otros recursos o

accesos. En general alientan grandes expectativas, para progresar (empezando por su trabajo); por lo que prolongan su tiempo viviendo con los padres (para ahorrar) y demoran la vida en pareja o conyugal y la procreación.

Su necesidad radica en el entendimiento intergeneracional (con las generaciones anteriores y más adelante lo será en la comunicación con la próxima generación venidera, es decir, la Generación “Z”, de los nacidos entre 1995 y 2005). Y ya existen ensayos prospectivos sobre ese porvenir y sus cambios.

III.- Abundan los comentarios y hasta las paradojas que rodean a la “generación del milenio”. Veamos ciertos datos de referencia:

a) En algunos países (potencias) su nivel educativo es muy alto: con títulos de grado y de posgrado; y especializaciones; y el highest degree.

b) En contacto con las tecnologías, por lo que “no recuerdan como era el mundo sin Internet”. Se valen de esos medios para todo: opiniones, transacciones, etc., sobre bienes, productos, servicios, etc.

c) De los “teléfonos inteligentes” a blogs, twitter, you tube, Facebook (y lo que venga...), entablando tratos que pueden volverse virales –cambiando de opinión- en cuestión de segundos.

d) No están inmunes a las “brechas” (o las “grietas”).

e) Procuran en sus tratos la simplicidad y la transparencia, también la integridad y hasta el compromiso con valores sociales y ambientales.

f) Pretenden que los bancos procedan con claridad y sin engaños, para entender cómo funcionan las operaciones que celebran (compras, hipotecas, préstamos, etc.) como así también asesorarlos sobre la conveniencia o no de las alternativas. Algunos tratan de prescindir de los bancos.

g) No le temen a los disruptores ni a la disrupción, cuando las circunstancias acentúan la tensión; pues cuentan el abanico de opciones que ofrece el sistema, con libertad para elegir, aun tratándose de entidades bancarias o no bancarias y financieras (inversiones diversificadas).

Resumidamente –entre otras cualidades- son idealistas; impacientes; adaptables a los cambios; algo individualistas; equilibrados (entre el trabajo y su vida personal); frecuentemente prefieren el contacto personal “cara a cara”; piensan “en optimismo” (son positivos); reflexionan antes de adoptar decisiones; y si bien buscan ganar dinero también pretenden –y aspiran- a que mejore el mundo en que viven.

Es una generación que provoca simpatías; lo que no excluye las críticas que reciben y que muchas veces son exageradas (y hasta se fabulan mitos, desprecios y envidias). Por ejemplo: preguntan acerca de si son ateos, agnósticos, creyentes o si profesan. Y los que se interrogan sobre la

generación que los suceda, tienen la incógnita de saber sus objetivos: ¿buscarán la otredad, para ser distintos de los otros? ¿Cómo se comportarán en esa vida próxima? ¿Qué se puede aguardar de ellos?

No se pueden dar respuestas que a ciencia cierta predigan su futuridad; pues ante cualquier hipótesis las conjeturas están pendientes de lo que se imponga en el tiempo, o sea: ¿qué cultura influirá en la idiosincrasia y en el quehacer? La aceleración de la historia prosigue su curso y los márgenes de error ya han sido comprobados en épocas recientes y en las anteriores (los ejemplos sobran al respecto: Bell, Fukuyana, etc.). Si ni siquiera podemos aventurar predicciones sobre los proceder de los actores que nos son contemporáneos: Donald Trump, Putin, Emmanuel Macrón, los chinos comunistas, los jihaidistas y demás fundamentalistas, el terrorismo, el mundo africano, etc., etc.

V.- Todo sería más sencillo si pudiéramos vaticinar el predominio de la cultura y del contenido de los valores que las sustentan. Hoy por hoy las disparidades se han multiplicado; y basta para ello con prestar atención a las tensiones que se presentan como factores de inestabilidad en muchas regiones. América Latina misma, ofrece un cuadro variopinto de manifestaciones, en las que opera en muchos casos la conflictividad entre la procura de la igualdad y el vigor o el menoscabo de la libertad: asoman conflictos de no fácil solución por escasas satisfacciones, en sociedades

quebradas con brechas que parecen ser insalvables (o de muy lenta superación, más allá de la limitada paciencia de los contendientes). ¿Por cuánto tiempo sobrevivirá el entusiasmo y la cualidad de “optimismo” que exhiben los “millennials” de la actualidad? Porque el tiempo pasa; y las “generaciones” varían y cambian.

Es por ello que deben tenerse en cuenta las diferencias entre una misma generación, según el ámbito cultural y socio-económico de las condiciones políticas en cada Nación. Hoy sigue en auge el exitismo para los de la generación del milenio (sic) en sectores triunfantes en los EE.UU y en algunos países de Europa; como hay semejanzas en Japón, el Sudeste asiáticos, Corea del Sur y otros rincones o subregiones del globo. Pero la tan mentada “globalización” no ha producido los mismos efectos (por ej.: el “bienestar”) en muchas partes que viven en el submundo.

Se afirma que los *millennials* van creciendo en América Latina y que se destacan por sus actuaciones en la Argentina (con mayor empuje que en Chile, Perú, Colombia o Brasil). ¿Será cierto o es por ahora nada más que una ilusión óptica? No estoy seguro.

Creo que los *millennials* tienen grandes ambiciones hacia el triunfo, aunque compiten con los elencos –más bien económicos y comerciales– de los CEO (Chief Executive Officers) que han saltado de su oficio gerencial en grandes emprendimientos e importantes empresas para incorporarse a la

“gestión” en un área tan distinta (y distante) como lo es el sector público y la conducción oficial del Estado.

Les siguen en el ritmo –supuestamente transformador- los jóvenes animados por el entusiasmo del “cambio”, que suelen estar munidos de títulos y capacitaciones en las que se consideran Universidades “de alto prestigio” y con perfeccionamiento en exterior “del primer Mundo”. Es una parvulocracia (dadas sus edades) que aspira a la formación de una “nueva política”, por considerar vetustas a las organizaciones partidarias preexistentes. Las dificultades en la gestión salen a la luz cuando se nota su falta de experiencia en el terreno de no solo la política sino también de no poseer en sus actividades previas la trayectoria necesaria para conocer los vericuetos que componen (desde siempre) el manejo de la “cosa pública”, lo que les impide evitar los errores propios de la improvisación en el complejo aparato estatal en sus respectivos poderes constitucionales; sobre todo en un Estado Federal. Y como dice Hamlet, en cierto momento “el tiempo está fuera de quicio” (sic); y para que los asuntos pendientes vuelvan “a quicio” se requiere arribar al estadio de la seniority, o sea, de una respetable estancia de veteranía. Mientras tanto, la “pendejo-cracia” genera errores y desprolijidades.

V.- Al hablar y reflexionar en torno a la generación de los millennials viene a la memoria el estudio realizado por Ortega y Gasset, con una

metodología para estimar el período de vigencia de cada elenco generacional sobre la base aritmética de los años de su edad, entre el nacimiento y la vigencia consagradoria de su empuje en las realizaciones. Dicho método permitía estimar los “cambios generacionales” con precisión matemática, sin tener que tomar en cuenta las afinidades ideológicas o, simplemente, los ideales que cubrieron con predominio el ambiente de un período en el marco de la época enfocada. Se trataba pues, de un intento intelectual que el gran pensador hispano emprendió con miras a esclarecer las etapas políticas y culturales que sucesivamente reemplazaron los “modus operandi” de la clase dirigente en cada época. Tuvo bastante resonancia el estudio efectuado por dicho maestro; al punto que en la Argentina dio lugar a que el Dr. Jaime Perriau dedicara una investigación al caso de nuestra clase dirigente, con un cuadro que reflejaba –con nombres propios- a los que él consideraba como las figuras destacadas de cada generación (publicado en una edición por EUDEBA en 1970). Cabe observar que varía el cálculo temporal atribuible a la “duración” de cada período generacional, ya que oscila entre los 20 o los 33 años, según los casos de las distancias entre una y otra: puede ser un promedio, puede ser elástico, como toda dimensión histórica.

En el Prólogo a la biografía de José Benjamín Gorostiaga, el redactor de la Constitución Histórica (1853-1860), de mi autoría, se dijo que si

existe el cálculo generacional debe serlo en relación “con las ideas o principios que le aportan, no los nacidos el mismo año, sino los que permiten ser agrupados sin excesivo rigor cronológico, en la realización de una tarea común que los caracteriza y vincula, con fechas que no provienen de los nacimientos sino de la obra, aunque la fecha de los nacimientos abarquen un ciclo de veinte años como máximo (Ed. Pannedille, Bs. As., 1970). La conclusión terminante de mi maestro Carlos Sánchez Viamonte fue, en esa oportunidad, la siguiente: *“Es difícil aplicar el criterio generacional cuando no aparece el carácter orgánico que vincula a los protagonistas de una obra común y que actuaron con sentimientos e ideas que los solidarizaban; y aunque sea innegable la presencia de altos valores individuales en la cultura, no se justifica el calificativo de generación aplicar a quienes solo pueden tener de común la fecha de nacimiento.”*

Estimo que es la apreciación correcta del criterio generacional. La experiencia demuestra que no hay homogeneidad (total o parcial) en las personas y personalidades de una misma edad, que pueden diferir en sus objetivos y en sus metas, como asimismo en los valores y creencias que animaron a su espíritu e inteligencia. Pueden ser muchas las relativizaciones que giren alrededor de las cuestiones “de la época” (especialmente si se da una brecha ideológica). Además, los comportamientos generacionales varían en una misma etapa temporal

según la cultura, la idiosincrasia y las realidades vigentes en su sociedad, toda vez que las condiciones reinantes influyen hasta en el comportamiento del pueblo, habida cuenta de lo que Herman Heller denominaba “la realidad social subyacente”, que tanta gravitación tienen en la percepción del comportamiento y actitudes de los sectores componentes del pueblo según las vicisitudes políticas, económicas y sociales que suceden - esperada o inesperadamente- en estos tiempos de acelerada precipitación de convulsiones de toda índole.

VI.- Una última reflexión compete al cuadro de situación que en el presente ofrece a los “millennials” el mundo en que se desenvuelven con las mayores (¿y mejores?) ansias de éxito en el desempeño de sus actividades y, más aún, cuando se orientan a la creatividad, a la superación, a la innovación y a la competitividad. En ese orden de cosas, el margen de incertidumbre sobre el devenir de la humanidad (tanto las sociedades como los estados) es considerable; lo que no impide que –acaso- la Generación “Z” (la próxima) afronte y enfrente cambios y sucesos mejores o peores que los actuales (Generación “Y”).

Si tomamos en cuenta al sociólogo y pensador Zigmunt Bauman (1925-2017) que desarrolló el concepto de “modernidad líquida”, podríamos mencionar algunos de los rasgos presentes que él detecta:

a) El pase de la fase “sólida” de la modernidad a la “líquida”, en cuanto a las estructuras individuales, las instituciones, los modelos de comportamiento; que se descomponen y no son marcos de referencia a largo plazo.

b) El divorcio entre el poder y la política: lo que podía el Estado se desplaza al incontrolable mundo global; siendo que la política abarca un ámbito local; y al diluirse el poder pierden importancia las instituciones políticas, que no pueden responder a los problemas concretos de los habitantes nacionales. Sobre la política se imponen los capitales.

c) La idea (y la palabra) “comunidad” suena cada vez más vacía de contenido y los vínculos humanos devienen más frágiles; avanzando la división y no la unidad; por lo que la sociedad aparece como una “red” en lugar de ser como una “estructura”.

d) Decae la prospectiva y el proyecto a largo plazo, surgiendo las perspectivas a corto plazo. Esa fragmentación estimula orientaciones “laterales” antes que “verticales”; y los éxitos pretéritos no incrementan de manera automática la probabilidad de garantizar futuras victorias.

e) La virtud más útil para servir a los intereses individuales no es la conformidad con las normas vigentes sino la “flexibilidad”, o sea, la prontitud para cambiar (de tácticas y de estilos) para abandonar los compromisos y las lealtades sin remordimiento (véase: “Tiempos líquidos”,

Ed. Tusquet, 2007; y “Ceguera moral. La pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida”, Ed. Paidós, 2015).

La apelación a Bauman no tiene otro objeto que el de orbitarnos en un enfoque sociológico que ayude a comprender la real situación del ser humano y de la sociedad en los tiempos presentes. Al salir de su Polonia nativa (renunciando a la ciudadanía) para ser “trotamundo” hasta radicarse en Inglaterra (donde ejerció la Cátedra y escribió gran parte de su obra), también saltó desde Marx a Freud, aun desconfiando de la globalización, para desembocar en la modernidad líquida, con identidades globales pero volubles, como así también permeables pero frágiles; todo lo cual son síntomas –o efectividades- que responder a un comportamiento generalizado por el impulso innato.

Estima el autor citado que no queda otra alternativa que la vía del “cambio”, en la que los hombres cumplen la profecía freudiana: ceden libertades para adquirir beneficios y seguridades (sic); aunque con ello se disgrega el “grupo”, que se convierte en un “enjambre” sin una identidad importante. Para él, otro estereotipo de la “liquidez” es el uso abusivo de las redes sociales, de las que desconfía por “tramposas”; y yo creo que en esto tiene bastante razón: me remito pues a la sabia frase de Goethe, para quien “en el mundo; sobran ecos, pero faltan voces! Es cierto: mientras el vocerío suscita eclosiones o exaltaciones, y excitaciones convocando

emocionalmente; en cambio, las reflexiones apelan a la meditación, a la razón y al proceder reflexivo que brota de la cultura civilizada.

VII.- Al concluir este breve escrito con pretensiones de mini-ensayo, abordando el tema generacional a la luz de la actualidad de los “millennials”, me topo con un artículo sobre el miedo a la libertad (sic) del español Antonio Navalón, de tono crítico y hasta pesimista, pero que concuerda con mis creencias y coincide con mis sospechas acerca del desparramo de opiniones que se revolean en torno a la generación “Y” susodicha. El comentarista se remonta a los estudiantes del “mayo francés” hasta los “baby boomers”, desembocando en los “millennials” con bastante escepticismo. Parte de la base de que hay dos mundos: el anterior a Internet y del software, y el que emergió después. En este a posteriori están ubicados los hijos de la revolución tecnológica, que no se identifican con ninguna aspiración política o social y manifiestan –o expresan- su indiferencia hacia el mundo real (¿y penoso?) de la actualidad. Acaso sea por ello, que “vienen pisando fuerte” pero son una generación que se considera con todos los derechos y escasas obligaciones; porque al no tener proyectos arquitectónicos, viven por el hecho de existir y “lo único que les importa es el número de likes, comentarios y seguidores en sus redes”. Por lo tanto, no tienen proyecto definido y si no logran vertebrarlo y se quedan en la nada, entonces “el futuro está en medio de la nada” (sic). Navalón no

está seguro de que esta generación se corrija y se pregunte si no tienen la función de escuchar: antes, que empiecen a usar ideas y las herramientas tecnológicas; que aprendan “a hablar de frente y cerrar el circuito del autismo”, porque –agrega- “el resto del mundo no está obligado a mantenerlos...”.

Rematando el final, no resisto la tentación de transcribir un patético párrafo del autor citado ut supra, cuando señala su decepción que – supongo- está dirigida hacia el porvenir de la generación presente y qué suerte correrá; cuando dice:

“Me encantaría conocer una sola idea millennial que no fuera un filtro de Instagram o una aplicación para el teléfono móvil. Una sola idea que trascienda y que se origine en su nombre. Porque, cuando uno observa la relación de muchos con el mundo que les rodea, parecen más bien un software de última generación que seres humanos que llegaron al mundo gracias a sus madres.” (Confr. El País, 12/6/2017).

Aunque siempre he sido optimista, comprendo el análisis preopinante y no puedo ocultar las angustias que me agobian- y no solo a mí- en redor de las perspectivas generacionales que están a la vista. El

ausentismo en los actos eleccionarios es un símbolo de una gran y peligrosa equivocación de lo que puede ser un clima antihumano.¹

CRITICA POR EL APURO CON “Z”

Mientras prosiguen –y se repiten- las “dotes” que caracterizan a los millennianos, se precipitan las anticipatorias “prematuras” con relación a la generación ulterior. No me parece incorrecto; pero creo que son estimaciones conjeturales (sic), con cierto grado de correr un albur (pues no se trata de una ciencia exacta...). Es muy probable –eso sí- que la próxima generación continúe con los hábitos de la “Y”; y hasta que los acentúe. Por ejemplo, el afán por la “conectividad”, la “inmediatez” en todo su quehacer, la actuación en las “redes”, el cuidado de la salud, tener un jefe respetable, cuidar el medio ambiente, su sueldo y recompensas, etc.

¿Dónde estarán las diferencias? Según los que predicen ilusiones y, por lo tanto no son agoreros, los que “vienen llegando” son más creyentes

¹ Otro calificado español, Felix de Azua (ídem, 13/06/2017) aborda el tema de actualidad, confesando las cuitas que le despiertan desde la posmodernidad; y dice: *“La opresora violencia de chats, redes sociales, tweets, o como quiera que se llame esa nube de palabrería, cada día se ve con mayor claridad que es una herramienta de extorsión. Nadie duda que las campañas de calumnias, agresiones y mentiras están dirigidas por servicios de obediencia oculta. No es casual que la capitalidad del pirateo y la trampa se la atribuyan mutuamente Rusia, EE.UH, Corea del Norte y China. A un nivel enano, también son agencias de servicio de los demagogos las que calumnian en nuestro país a todo el que les molesta. Nada anuncia que ese fenómeno sea controlable. Es muy posible que haya comenzado uno de esos trastornos colosales que provocan un giro global, como el que sustituyó el paganismo por el monoteísmo. Para nosotros vendría el fin de la democracia y el comienzo de una nueva era demagógica, similar a la de los inicios del cristianismo, cuando los ciudadanos se abandonaban a la superstición y quedaban presos de unos demagogos que prometían la vida eterna. O la nación libre.”*

aún con relación a la tecnología, a la que consideran su “sexto sentido” (sic), preparándose para los desafíos de una nueva Revolución Industrial, dándole mayor importancia al impacto de las imágenes que al lenguaje y las palabras del vocabulario. ¿Aumentarán el individualismo? ¿Querrán ser más emprendedores propios? ¿Exigirán más libertad? ¿La obsesión por la productividad afectará su calidad de vida?

Es posible que estemos en los preliminares de una novísima generación tecnológica, que aspire a superar a sus predecesores. Los idealizadores (que siempre auguran...) pronostican que los que llegando están, tendrán inquietudes y preferencias adicionales por la inclusión, por la singularidad y por el avance en su destino.

¡Como en todo, el tiempo dirá!²

Mientras tanto, pensamos: si alguna semejanza hubiera entre los “millennials” argentinos y españoles –dadas las razones históricas que

² El día 5 de julio (2017) tanto “La Nación” como “Clarín” publicaron un informe del BID (su Instituto para la Integración de América Latina) que toma en cuenta 600 opiniones de entrevistados sobre sus impresiones como “millennials”. Queda a la vista la gran diferencia de comportamientos y de expectativa en un doble orden: 1) el de los países más desarrollados; 2) el de los de clases más pudientes; como así también la inferioridad de los del interior con relación a los de las grandes urbes. Las diferencias de las habilidades tecnológicas son enormes; del mismo modo que la que se observa en el acceso o no a la educación terciaria o superior. Lo mismo ocurre con la utilización de los medios electrónicos o los compradores on line. Todos sueñan con estar mejor que la generación de sus padres. Se dividen entre los que optan por estudiar tecnologías y los que prefieren las humanidades y las ciencias sociales. En conclusión los “millennials” argentinos se insertan de manera cautelosa en las transformaciones; por lo que en los próximos años la “brecha digital” se traducirá en desigualdades en las condiciones laborales (sic).

El mejor aporte de este informe es la nota de Gustavo Beliz, que indica la necesidad de pensar “un contrato social tecnológico”, vinculado con un gran esfuerzo de alfabetización tecnológica en las profesiones que serán más demandadas. Destaca –además- que en la Argentina se piensa en las consecuencias del “cambio disruptivo” pero los jóvenes del cambio de milenio usan la tecnología más para la diversión que para el trabajo y desconfían de la automatización aplicada a la educación. Creo que no hay que perder de vista las opiniones de Beliz.

alimentan o nutren a ciertos rasgos comunes (a los que también se aproximan los descendientes de italianos)- habría que destacar tanto las quejas cuanto los disfrutes del medio en que viven. Se retoban ante las barreras de acceso a más altas posiciones; tienen poca credibilidad en cuanto al mejoramiento del mundo; son indiferentes ante los clásicos partidos políticos; no se orgullecen de las generaciones anteriores en lo que hace al modelo de “sociedad”; prefieren las diferenciaciones antes que las imitaciones de los estilos previos; no halagan (ni creen) en el “relato” que escuchan de sus padres en torno a “que todo pasado fue mejor”; y no fincan ilusiones más en la política que en lo “público”. Si miramos la otra cara de la medalla, veremos que –aunque lo nieguen algunos de ellos- procuran manejarse con impulsos o tendencias instintivas (pulsionales), practicando el “activismo” o la “movilización” (activismo movimienta); la pasión por la tecnología “de punta”; el cambio por el cambio mismo como demostración “vitalista”; la obsesión por ver “series” más que películas; el fervor febril por los “festivales”, entendidos en sentido “festivalero” (de asistencia o participación “a la ligera”...) y con festinación (prisa, rapidez, festinadamente).

Pero como el mundo no es homogéneo, tampoco lo son los “millennials”, ya que muchos hábitos dependen de su mayor o menor edad en la escala de sus años. Y, sobre todo, las diferencias pueden ser mayores

en el plano de la cultura propia de cada país y sociedad. Entre el hemisferio norte y el sur; entre el oriente y occidente; entre los nórdicos y los latinos; entre los fundamentalistas y los liberales; el polifacetismo de hoy es un retrato de variedades, facetas y múltiples aptitudes que abruman, asombran y agobian o preocupan gravemente a los “clásicos” del ayer.